

Reseñas

Christopher Jenks, *Rethinking Social Policy. Race, Poverty, and the Underclass*, Nueva York, Harper Perennial, 1993

Jorge Padua N.*

Con el propósito de deshacer los nudos que se hacen en las suposiciones empíricas y morales de las ideologías tradicionales, el libro de Jenks se orienta a responder a un conjunto de interrogantes que han dividido a liberales y conservadores en las políticas sociales de Estados Unidos de Norteamérica. Declarándose conservador en lo cultural, liberal en lo económico e incrementalista en las reformas con estrategias de largo plazo, el autor examina críticamente y con evidencia empírica algunos de los problemas de políticas de gobierno relacionadas principalmente con la raza y pobreza.

Compuesto por una introducción y seis brillantes ensayos, en el libro se examinan los debates y las políticas de gobierno sobre los problemas sociales principales de la sociedad estadounidense.

En la Introducción (luego de una rápida pero precisa descripción de lo que se entendía por política social de gobierno desde la época de la Gran Depresión y del *New Deal*, a los programas del gobierno de Lyndon Johnson a mediados de los sesenta y las consecuencias sobre la política pública de los hallazgos del Informe Coleman, las investigaciones de Blau y Duncan y las del propio Jenks sobre la desigualdad), el autor analiza la transición entre las ideas de "igualdad de oportunidades" a las de "red de protección", para introducir su serie de ensayos sobre las cuestiones centrales que dividían el debate entre liberales y conservadores y que fueron publicados como ensayo-reseñas en el *New York Review of Books* (los tres primeros) y en *The New Republic* (Ghetto Culture), ya sea como capítulo de libro (*The Underclass*), o como artículo (Welfare). Con algunas revisiones, constituyen los capítulos del libro: "Acción afirmativa", "Red de protección", "Crimen", "El ghetto", "*Underclass*" y "Bienestar".

"Acción afirmativa" ("Affirmative Action"), el primer capítulo del libro, revisa las limitaciones ideológicas de liberales y conservadores

* Profesor-investigador del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México.

en relación con los programas de gobierno impulsados para combatir la discriminación racial en el empleo a partir del análisis de dos libros del economista de la escuela de Chicago, Thomas Sowell: *Ethnic America* (Nueva York, Basic Books, 1981) y *Markets and Minorities* (Nueva York, Basic Books, 1981).

El legado de John Kennedy y la implementación en la administración de Lyndon Johnson de políticas conducentes hacia la eliminación de la discriminación y a promover la igualdad racial se concretaron en presiones a los empleadores para utilizar negros y otros grupos étnicos en posiciones que habían sido tradicionalmente ocupadas por blancos, en una serie de programas educativos y de capacitación a dichos grupos para esos empleos, y en la provisión de apoyo médico, alimenticio y de vivienda. Con la administración de Ronald Reagan en 1981 y la emergencia de las políticas neoliberales que luego se prolongarían en los países del tercer mundo a través del Banco Mundial, se colapsa no solamente el clima de legitimidad moral sobre los compromisos del "Estado de bienestar" para la ciudadanía, sino que se fortalecen las posiciones que negaban que el gobierno tenía compromisos con la igualdad racial.

Apoyándose en el argumento político de que a los grupos étnicos les va mejor en economías *laissez-faire* que en economías planificadas por gobiernos, los libros de Sowell buscan demostrar que en la historia de Estados Unidos los grupos tradicionalmente discriminados frecuentemente devenían más prósperos que sus opresores (en los argumentos liberales se sostiene que eso no es válido para los negros donde la discriminación es la causa principal de sus problemas económicos); que en economías de mercado la discriminación hacia grupos étnicos y raciales representa costos y que la competencia tiende a eliminar esas prácticas (para los liberales sus argumentos son que los costos los pagan las víctimas y que la discriminación persistirá a menos que el gobierno tome un papel activo para prevenirla), y que los esfuerzos de gobierno para eliminar la discriminación hacen más mal que bien, siendo útil principalmente para los blancos y negros de clase media, pero no para los negros pobres (la posición liberal es que los esfuerzos del gobierno jugaron un papel principal para reducir la desigualdad económica entre blancos y negros).

Jenks, combinando y relativizando argumentos de conservadores y liberales, analiza la problemática a través de tres temas, buscando demostrar que: a) las consecuencias de la discriminación dependen de su carácter (la discriminación esporádica causa menos daño eco-

nómico que la discriminación universal ejercida sobre los negros en Estados Unidos hasta 1960); *b*) las consecuencias económicas de la discriminación dependen en gran medida de cómo afecta la conducta de las víctimas: si las impulsa hacia mayores esfuerzos puede beneficiarlas económicamente; si las convence de que sus esfuerzos nunca serán recompensados o si los incapacita para trabajar con sus opresores, las consecuencias económicas pueden ser catastróficas, y *c*) que si bien ciertas clases de discriminación pueden ser costosas para los empleadores, otras pueden ser beneficiosas (cuando la discriminación es económicamente eficiente, persistirá a menos que intervenga el gobierno).

Luego de analizar algunas diferencias económicas entre grupos étnicos, profundiza en las causas y significados de la discriminación proponiendo dos grandes tipos de discriminación económica que le permiten destacar algunas contradicciones en las ideologías de liberales y conservadores: *irracional* (que subdivide en “de principios” y “miope” y que tiende a ser eliminada cuando la economía funciona con principios competitivos); y *racional* (que subdivide en “impulsadas por consumidores”, “impulsadas por trabajadores” y “estadística”), que es la que conduce a dilemas morales y a principios de racionalidad económica y que obliga la intervención del gobierno para resolver el problema de que lo que es económicamente racional no lo hace social o legalmente necesario. Si la discriminación racional es mala aun cuando resulta en incremento de la eficiencia económica, la discriminación reversa es mala política social ya que puede empeorar la problemática racial en una sociedad como la estadounidense con un *record* desastroso en el asunto.

“Red de protección” (“*Safety Net*”), el segundo capítulo, focaliza el problema de si las acciones de gobierno resuelven o empeoran los problemas sociales mediante un análisis del libro de Charles Murray, *Loosing Ground* (Nueva York, Basic Books, 1984), texto conservador apoyado en las ideas del darwinismo social y en los argumentos de que las acciones de gobierno no solamente son inefectivas sino dañinas, buscando demostrar que el efecto de los programas impulsados desde el gobierno hizo beneficioso para los pobres tener comportamientos de corto plazo que fueron dañinos a largo plazo, incrementando a su vez la cantidad de pobres.

Para el análisis de la problemática, Jenks distingue entre condiciones materiales de los pobres y condiciones sociales, culturales y morales, mostrando que la posición material mejoró notablemente,

no así la de los otros indicadores. Luego de demostrar que los argumentos de Murray son indefendibles, analiza críticamente lo que denomina el "balance entre la compasión colectiva y la responsabilidad individual" en los programas de política social del gobierno para concluir que el debate sobre esas políticas debe tener en consideración criterios de recompensas y castigos.

"Crimen", el capítulo tercero, se centra en el libro de James Wilson y Richard Herrnstein, *Crime and Human Nature* (Nueva York, Simon and Schuster, 1985) y el de Elliott Currie, *Confronting Crime* (Nueva York, Pantheon, 1986), y en los temas de la permisividad y el rigor hacia los grupos donde la frecuencia de criminales es más elevada; en las políticas de la criminología y del crimen y en las características que hacen diferentes a los criminales de los que no lo son, y en las explicaciones de por qué algunos cometen actos delictivos y otros no. Para Jenks, los conservadores tienden a enfatizar diferencias psicológicas entre criminales y no criminales, mientras que los liberales enfatizan las circunstancias sociales que producen las diferencias, llegando en los extremos a negar en uno u otro caso psicología o circunstancia.

El trabajo de Wilson y Herrnstein argumenta que las variaciones genéticas contribuyen a dar cuenta del porqué algunas gentes cometen crímenes y otras no, por lo que conductas indeseables serían productos de fuerzas que la sociedad no podría controlar socialmente. La contraparte del argumento se encuentra en el libro de Elliott Currie y en las evidencias que aduce para su hipótesis de que la desigualdad económica causa incrementos en la criminalidad.

Alejándose de los extremos interpretativos, problematiza las conclusiones de ambos libros para mostrar que las explicaciones de orden genético pueden ser interpretadas como sociales, a la vez que las transformaciones culturales y las maneras en que las gentes responden a la desigualdad económica (antes que a la desigualdad en sí) dan mejor cuenta de los incrementos o disminuciones en las tasas de criminalidad. Desarrollando argumentos que muestran que las teorías genéticas no son inherentemente reaccionarias y que existe un progreso sostenido en la identificación de genes específicos y sus efectos físicos, reconoce las virtudes de los argumentos que llaman la atención sobre los determinantes del crimen que descansan más en la sociedad que en los individuos, apuntando a elementos para una política que toma en consideración notas de precaución de situaciones evitables para aquellos con predisposiciones orgánicas, al mismo tiempo que no exagera los efectos económicos *per se*.

La resolución de la falsa dicotomía herencia-ambiente, tema controversial que ya colocó a Jenks en problemas de etiquetamiento con su libro sobre la desigualdad, permite al autor sostener su genuina curiosidad sobre la comprensión de las complejas causas en variaciones de rendimientos diferenciales en la escuela, de conductas criminales y en general de efectos de ambiente y de herencia sobre las conductas de los individuos y grupos.

“El *ghetto*”, capítulo cuarto, reseña el libro de William J. Wilson, *The Truly Disadvantaged* (Chicago, The University of Chicago Press, 1987) para discutir la problemática que emerge cuando en vez de referirse a la pobreza, se refiere a una *underclass* que distingue entre “pobres dignos de ayuda” (ancianos y familias en la que el ingreso por el trabajo de los adultos no les alcanza) y “pobres que no merecen ser ayudados” (los que no tienen trabajo regular, los que dependen de la ayuda del Estado para la sobrevivencia, adictos, criminales, vagos y menesterosos). Con ello, en vez de cargar la culpa de la pobreza a la sociedad, se carga la culpa de la pobreza a los pobres.

El libro de Wilson debate la existencia de pobres que no merecen ayuda y especialmente de la cultura de un lumpen que “aprueba” (o al menos no desapruueba) el ocio, el robo, la violencia; es decir un grupo social que contrasta radicalmente con los valores principales de la sociedad estadounidense, que según Wilson estaría en incremento entre los negros por efecto de: *a*) un “desempleo estructural” entre negros jóvenes debido a la disminución radical de la oferta de trabajo que requiere de escasas o nulas habilidades; *b*) la “no disponibilidad de hombres casaderos”, que hace no atractivo el matrimonio con desocupados, y *c*) el “aislamiento físico” resultado de deterioros en los vecindarios que habita la población negra por la emigración de las clases medias del *ghetto*, escasez de modelos de roles, disminución de servicios escolares, de seguridad, etcétera.

Para Jenks, aunque cada una de las hipótesis tiene algo de verdad, es necesario incluirlas en un modelo de dinámica del cambio cultural ya que, por ejemplo, al examinar la economía como un todo, el problema de los jóvenes para encontrar empleo no es privativo de los negros, y los que más han sufrido, debido al incremento de los requisitos escolares para ingresar al mercado de trabajo, son los desertores de la escuela media. Al mismo tiempo, tanto la existencia de empleos con salarios mínimos, cuanto la aceptación de ese mínimo (unido al racismo endémico de la sociedad estadounidense) parecen generar conflictos culturales que dan mejor cuenta de las enormes ta-

sas de desocupación entre los negros. En cuanto a que prevalecen madres solteras entre esa población (51% de los niños negros viven en hogares sin padre), advierte que poco se conoce de cómo la ausencia del padre afecta al desarrollo social o emocional del niño; no tener un hombre en la casa produce consecuencias económicas serias (dos tercios de estos niños son pobres). Los conservadores tienden a colocar la culpa en la extensión de las familias de un solo padre al sistema de bienestar social (bonos de comida, cuidado médico gratis), y sin embargo las restricciones en la elegibilidad para estos programas no afectaron el crecimiento de las familias de un solo padre. La explicación de Wilson de que existen menos hombres elegibles y que las mujeres no tienen un incentivo económico para casarse tampoco es satisfactoria, ya que la familia nuclear estable está perdiendo terreno en todos los grupos sociales, no solamente entre el lumpen donde su frecuencia ha sido más elevada, y si centramos el análisis solamente en factores económicos o demográficos, difícilmente podremos comprenderlo en su complejidad.

Los cambios en actitudes hacia el sexo, el matrimonio, el divorcio y la maternidad tienen efectos diferentes sobre los distintos grupos sociales; si bien para la élite educada los cambios pueden haber mejorado su bienestar, para los grupos más pobres la desaparición de las normas tradicionales les hace más mal que bien, siendo los niños los que más sufren las consecuencias de las nuevas permisividades en las conductas reproductivas. En cuanto a la influencia del vecindario en la forma y significado de la vida de los pobres, el trabajo de Wilson tiene la virtud de volver a poner en la agenda un tema que había sido abandonado cuando los economistas remplazaron a los sociólogos como los consultores de la política estadounidense.

"*Underclass*", capítulo cinco y redactado como artículo, trata de responder a la pregunta de si está creciendo esta clase entre la población negra. Observa, a partir de las cuatro dimensiones del concepto *underclass* con que la sociología norteamericana lo trata (ingreso y su fuente, dominio de las habilidades culturales que prevalecen en la sociedad, conformación a los valores centrales sobre la conducta social), que la *underclass* empobrecida solamente incluye a los pobres cuya pobreza es atribuible a la violación de algunas normas sociales (por ejemplo, el fracaso del jefe del hogar en trabajar regularmente o en contraer matrimonio antes de tener hijos) excluyendo a los trabajadores pobres, a los viejos pobres o a otros pobres que no son pobres por falta de esfuerzos. En cuanto a las fuentes de los ingresos, incluye

a los que trabajan irregularmente, a los que viven de la asistencia pública, del crimen, de limosnas; ésta sería la *underclass* desempleada. En cuanto a habilidades culturales, está compuesta por personas que no piensan, hablan o actúan como los que administran las instituciones principales de la sociedad (*underclass* educativa). Respecto a las normas morales, la *underclass* es indiferente a los valores de la clase media, principalmente los que se refieren al trabajo, a casarse antes de tener hijos y a la violencia.

Como subconjunto de los pobres que incluye a familias e individuos cuya pobreza es atribuible a su propia conducta, los análisis de Jenks muestran que la pobreza persiste en Estados Unidos en la medida en que se incrementa la desigualdad en los ingresos y el ingreso per cápita de las familias; que la pobreza en los ochenta es más persistente que en los setenta; que se hace más urbana y por lo tanto es más visible, y que la *underclass* empobrecida se incrementa de 3.9% de los hogares en 1968 a 6.7% en 1985, porcentaje que si toma en cuenta los discapacitados es de 5.7 y 8.7%, respectivamente. Concluye que si la definición de *underclass* incluye a los hogares que son pobres porque no se adecuan a las ideas de cómo la gente se debe comportar, esta clase es más grande ahora que a finales de la década de los sesenta. Su análisis de las tendencias en el desempleo de largo plazo entre la población de entre 25 a 54 años indica que los ciclos de la economía tienen efectos más pronunciados entre los negros que entre los blancos; que el desempleo prolongado se incrementa en las ciudades debilitando la ética del trabajo; que la composición racial del lumpen desempleado mantiene 29% de negros y se incrementa para indígenas e hispanos; que el porcentaje de mujeres desempleadas del lumpen que reciben algún beneficio social se incrementa de 29% en 1960 a 63% en 1970, alcanzando 45% en 1988 y que esto se relaciona poco con la inducción de desempleo.

Para el análisis de las competencias culturales, analiza la distribución escolar y las proporciones de varios niveles de lectura y cálculo mostrando que 75% de los jóvenes se gradúan de la preparatoria (85% entre la población de 25 a 29 años tiene diploma); que la tasa de deserción entre la población negra disminuye sensiblemente (a 15% en 1988); que la *underclass* educativa en términos escolares no sólo está disminuyendo, sino haciéndose más blanca, y que existe un efecto de disminución en el *background* familiar en el logro educativo de la población negra. En cuanto a los estándares académicos de las escuelas, éstos se han elevado ligeramente para la población blanca y

muy fuertemente para la negra, particularmente para los jóvenes cuyos padres tenían escasa escolaridad. Pese a lo anterior, los jóvenes negros tienen peores desempeños en habilidades de lectura y de cálculo que los blancos. En la medida en que el conjunto de la población mejora sus niveles, los menos aptos devienen en más *underclass*, aun en el caso en que tengan mayor escolaridad que las generaciones previas, por lo que la reducción del tamaño de la *underclass* educativa dependerá no solamente del incremento de las competencias de los que están en la base de la pirámide escolar, sino también de una distribución de competencias más igualitaria.

La opinión convencional es que la frecuencia del crimen se ha incrementado en los últimos años, particularmente la violencia en la *underclass*. Sin embargo, las tasas de homicidio están relativamente estables (si se las compara con las de 1970), particularmente entre la población negra. Si bien existe un incremento entre la población negra de entre 15 a 24 años, no es así entre los de mayor edad. En lo que se refiere a asaltos y robos su disminución es fuerte. Aunque en términos de promedio la violencia es menos común a finales de los ochenta, probablemente se incrementa entre miembros de la *underclass* y disminuye entre los grupos más privilegiados. La violencia relacionada con las drogas aumenta particularmente en los vecindarios pobres.

La tasa de hijos ilegítimos se ha incrementado en todos los estratos sociales de la sociedad estadounidense, siendo más elevada entre negros que en blancos de los mismos niveles educativos; sin embargo los niveles de escolaridad tienen un efecto muy fuerte, sin importar la raza: en las mujeres negras universitarias la tasa era de 21% en 1986, comparada con 83% de los desertores de escuela media; para las mujeres blancas los porcentajes respectivos eran de 2 y 38%. Los argumentos de Jenks son que la elevación de los beneficios que otorga el Estado no constituye la causa del incremento de madres solteras; los cambios en la situación económica de hombres y mujeres pueden haber influido indirectamente a través de su impacto en las normas morales, así como la habilidad creciente de las mujeres para controlar su propia fertilidad, además de las leyes sobre el aborto que, en su conjunto, habrían debilitado los sentimientos morales de obligación de los varones de apoyar económicamente a sus hijos, disminuyendo los costos para las mujeres al no casarse.

Partiendo del supuesto de que ser hijo de célibes es malo para los niños y que la habilidad de la sociedad para prevenir nacimientos fue-

ra de matrimonio es una medida de protección de los intereses de las próximas generaciones asegurando que sean pareja antes y después de tener hijos, examina los efectos de raza, clase y edad, para mostrar los cambios ocurridos entre 1970 y 1986: para mujeres blancas solteras y con hijos la tasa se incrementa de 6 a 14% y entre negras de 28 a 48%, aumentando las diferencias entre clases sociales. Si la frecuencia de familias nucleares se hace menos común en la sociedad estadounidense, su costo ha sido más elevado para la *underclass*, ya que sus miembros tienen menos recursos para confrontar cualquier clase de adversidad; en el largo plazo los hogares de un solo padre no son un problema únicamente para la clase sino para la sociedad en su conjunto.

En los tiempos en que la sociedad se hace más desigual entre los que tienen y los que no tienen, las tendencias en la sociedad estadounidense indican que hay problemas que han emperorado (desempleo de largo plazo, niños nacidos fuera de matrimonio), otros que no se han agravado (crímenes violentos), algunos más que han mejorado (escolaridad entre negros e hispanos, disparidad entre blancos y no blancos en habilidades de lectura y de cálculo en no blancos), otros que han detenido su impulso hacia el mejoramiento (madres y padres solteros adolescentes, proporción de individuos en familias de ingresos por debajo del límite de pobreza). Es decir, no todo ha sido empeorar, ya que los efectos son selectivos. Para dar cuenta de los cambios complejos por los que atraviesa la sociedad estadounidense encuentra que no es útil apelar al crecimiento de la *underclass*. Sostiene que la utilización de la clase como centro explicativo del cambio oscurece las líneas de argumentación antes que incrementar los potenciales explicativos. La utilización de términos como *clase media* y *underclass* induce estereotipos que no encajan en la conformación de las dimensiones de ocupación, ingreso, nivel de escolaridad, habilidad cognoscitiva y otras características que de alguna manera covarían, pero no de manera perfecta. Al etiquetar se presta más atención a las diferencias entre clases que a las que existen dentro de ellas y la ilusión de una homogeneidad de clase puede conducir a dos tipos de errores cuando tratamos de describir el cambio social: *a*) cuando observamos un incremento en algún tipo de conducta que tradicionalmente estaba asociado a la membresía de una clase en particular, tendemos a suponer que la clase se incrementa, y *b*) a la inversa, una vez que decidimos que la clase se incrementa, tendemos a suponer que cada forma de conducta social asociada a la membresía a la clase se hace más común. La utilización de estas dos falacias impide que se examinen empíricamente los problemas por separado así como la causa del cam-

bio. También existen los costos políticos de un reduccionismo que apela a soluciones radicales y comprensivas que dificultan el tratamiento de la pobreza, el desempleo, el analfabetismo, la violencia y el uso de drogas de manera más realista por parte de agentes y agencias, particularmente con base en las fortalezas de las gentes, aprendiendo de los errores, mejorando las instituciones, cambiando actitudes, resolviendo problemas.

“Bienestar” (*Welfare*) –el último capítulo, escrito también como artículo con Kathryn Edin– analiza los errores en las políticas de bienestar del gobierno orientadas hacia el desplazamiento de la dependencia de los programas de las madres solteras, hacia los mercados del empleo, en la idea de disminuir la cantidad de familias que de él dependen a la vez que se incrementa la autoimagen positiva de las madres y de sus hijos.

El problema, como lo analiza Jenks a partir de las estrategias de sobrevivencia en una muestra de 50 receptores del programa de ayuda a las familias con hijos dependientes en la ciudad de Chicago y sus suburbios, es que las madres solteras recurren a los subsidios del gobierno no porque sean patológicamente dependientes de dádivas o porque no tengan ganas de trabajar, sino porque no pueden encontrar trabajos que paguen más que lo que les da el sistema de bienestar como subvención.

Hacia 1988 había en Estados Unidos 3.7 millones de familias que recibían pagos en dinero, en vales para comida y en servicios médicos (consultas y medicinas), que a una buena mayoría no les era suficiente para sobrevivir y que requería de ayuda monetaria adicional de amigos y/o familiares o directamente de una combinación de ayuda de gobierno y trabajo. El hecho de recibir ingreso por trabajo reduce el monto del cheque del beneficio social, por lo cual una buena parte de los beneficiarios mienten, para sobrevivir, en lo que se refiere a su situación de trabajo. Con esto escapan de la línea oficial de la pobreza, siendo sin embargo pobres según estándares que juzgan lo mínimo de *comfort* material que se visualiza como una necesidad básica.

Los argumentos de que los beneficiarios mienten y hacen trampas porque son parte de una subcultura desviante en la que tal conducta es aceptable, son analizados sobre la base de análisis comparativos que permiten argumentar que ni el *background* familiar, ni la raza, ni el vivir en un vecindario malo influye en la conducta de los que reciben beneficio social y que las conductas son más un subproducto de recibir un beneficio que el de estar expuestos a una subcultura des-

víante. Aunque los pagos del beneficio social son bajos, los salarios de trabajos de bajo ingreso son aún peores y las madres que viven de los beneficios sociales aunque quieran trabajar y no depender de la ayuda del Estado se encuentran en que serán aún más pobres si así lo hacen. La sugerencia de Jenks es que para que las madres ingresen al mercado del empleo y mientan menos, es necesario cambiar una política de gobierno que hace de lo opuesto algo necesario. Jenks critica fuertemente la política de los conservadores de hacer menos atractiva la ayuda del gobierno mediante estrategias burocráticas complicadas y controles que han sido exitosos en lo que se refiere a una reducción del porcentaje de madres recibiendo ayuda; sin embargo, la estrategia no redujo la cantidad de madres solteras (que se elevó). También critica la respuesta liberal tradicional de incrementar los beneficios que los programas de ayuda otorgan. Con base en sus investigaciones concluye que la estrategia con mayor viabilidad es concentrar la ayuda en las familias que trabajan en ocupaciones con salario mínimo, permitiéndoles que reciban ayuda del gobierno independientemente del ingreso que reciban por afuera. Esto convertiría al programa en uno de ayuda a madres solteras con hijos, legalizando la conducta cotidiana de sobrevivencia y propiciaría que las madres ingresen en una economía formal donde la experiencia laboral es más valiosa y paga mejor, a la vez que sus niveles de bienestar se incrementen. Ya que todos los programas para las madres solteras tienen un rechazo muy elevado y acarrear dificultades políticas, sugiere concentrarse en padres o madres que trabajen y que tengan ingresos mínimos. Ayudar a trabajadores de bajos ingresos con familias es consistente con la problemática de ayudar a los niños, a través de la provisión de estímulos monetarios y excepciones impositivas.

De lectura muy recomendable para los encargados de la planeación e implementación de la política pública, así como para analistas de problemas sociales, y aunque está escrito para examinar los debates sobre política social en Estados Unidos, su interés para nuestro medio reside en que muchos de los argumentos de carácter ideológico detrás de los debates entre liberales y conservadores reaparecen para realidades como las nuestras, sin que se analice y profundice —como lo hace Jenks— en los efectos que tienen programas específicos de gobierno. Asimismo, su interés también radica en el análisis sobre la influencia de la herencia en formas específicas de conducta y sobre el cuándo y el porqué problemas sociales específicos se hacen más pronunciados entre grupos particulares.

El libro tiene para los estudiosos e investigadores el aporte valioso de la forma en que se seleccionan y analizan datos relevantes mediante técnicas estadísticas que no van más allá de distribuciones porcentuales, utilizando magistralmente los modelos cualitativos de análisis de causalidades a la Durkheim, que permiten seguir las líneas de argumentación de una manera mucho más persuasiva que la que habría sido posible con modelos matemáticos disponibles y mayor sofisticación cuantitativa. Como material bibliográfico para las cátedras de análisis estadístico de la causalidad, puede ubicarse en la misma categoría del clásico *El suicidio* de Durkheim. En cuanto al análisis de políticas públicas creo que el libro alcanza el valioso objetivo del autor de “pensar la política social en términos concretos, antes que en términos de generalidades, prejuicios y principios políticos”.